

## LAS COLECCIONES ETNOGRAFICAS DE OSERA

Enmarcando la Plaza de la Concepción del Monasterio de Santa María la Real, de Osera, fue construida una hospedería destinada a peregrinos en dirección a Santiago de Compostela por el Abad 97, Luis Bernardo de Nava, en 1739. Hoy hemos destinado esta humilde edificación para albergar el Museo-colección etnográfica que, pese a ser insuficiente para sus dos largos millares de piezas, disfruta, por el contrario, de una situación geográfica de gran interés. Dista de la capital de la provincia, Orense, 34 kilómetros, y no rebasan los 100 las restantes principales ciudades de Galicia.

Los útiles de trabajo y oficios son un tema permanentemente abierto a la información de los visitantes, que a través de sus conversaciones con los guías del Museo, van aportando conocimientos propios que enriquecen los archivos del mismo. De este modo, el vetusto y estático sistema tradicional de nuestros museos se convierte, en el de Osera, en nuevo y dinámico, en el que quien lo visita sale con la sensación, siempre grata, de haber hecho investigación museable.

Pero estas colecciones de Osera tienen otra faceta de sumo interés: sus exposiciones monográficas itinerantes. Recientemente las colaboraciones con el Archivo Histórico Provincial de Pontevedra y el Museo Arqueológico de Orense, en *O MONTE EN GALICIA*, sirvió para tratar más atentamente la cultura material de nuestros montes.

Como ocurre con demasiada frecuencia en España, los principales trabajos sobre distintos temas de estudio en Osera fueron hechos por extranjeros (JOYCE COCHRANE, *Los arrieiros*, tesis doctoral; P. J. REYNOLDS y P. FOWLER, *Estudio comparativo de hallazgos con el Butser Ancient Farm Project*, etc.).

Los fondos recogidos a lo largo de sus nueve breves años, son el resultado de una sistemática planificación en la toma de datos por las cuatro provincias gallegas, siguiendo un riguroso estudio de comarcas naturales y sus influencias: evolución, intensificación, decadencia, extinción...

Las colecciones de objetos se dividen en secciones, no sólo por su función específica, sino por su cronología. Citaremos a título meramente informativo algunas de ellas, para evitar una larga relación, siempre tediosa para aquellas personas no muy interesadas por la etnografía.

LA "SECCIÓN TERCERA" recoge aquellos aperos que más directamente unen al hombre con la tierra:

La AZADA. 270 azadas en todas sus variantes dentro de la región y según su uso (sacha, legón, legonciño, sacholo, anxada, etc.). Las distintas evoluciones dentro de una misma pieza, cambio de finalidad, introduciendo alguna reforma en su estructura, aprovechamiento de piezas gastadas por auténticos maestros artesanos ("ferreiros", herreros).

Los MANGOS: maderas empleadas; forma, peso, tamaño. Este apero no exige recurrir a personas especializadas, ajenas al clan familiar, en donde, entre los distintos miembros del mismo, se trata de que cada uno tenga conocimientos suficientes para "apeirar" sin que haya necesidad de precisar servicios de un especialista fuera de la familia.

"O SACHO, de uso en todas las comarcas, no sólo acompaña la labrador en sus faenas de escarda, riego, etc., sino que también es un instrumento que, a modo de bastón, es utilizado en sus visitas a fincas distantes unas de otras por su dispersión minifundista.

La HOZ —fouce—, es difícil fijar el comienzo de su utilización; se pierde en el pasado. Fundamentalmente existen tres tipos:

Fouce, fouciño de segar (trigo, centeno...).

Fouce del monte, y gatafouce, para cortar el matorral (toxo, carqueixa, uz, carpazo...).

Podón.

La hoz para la siega del trigo es de mayor tamaño y curvatura; los herreros las marcan, al forjarlas, con unas señales llamadas cristos. Con este tipo de hoz se iba a las siegas a tierras castellanas, formando cuadrillas. Acompaña a la hoz un pequeño recipiente de madera que el segador llevaba al cinto con la piedra de afilar; durante el viaje la hoz irá enfundada en paja para protegerse de su filo que habrá de afeitar los pelos del dorso de la mano; debe cuidarse con esmero su empuñadura, ya que serán muchas horas las que la mano del segador la agarre; también el hombre se atará la muñeca con trapos de lino y correas.

Las hoces para el centeno, alcacén, hierba, etc., son de tamaño menor, más anchas de hoja y de gran variedad en sus mangos, según las comarcas.

El segundo tipo, "fouce do monte", es corta y pesada, normalmente tiene su mango en distinto plano (anga) para evitar el roce de las manos contra el monte. Se acompaña de piedra de afilar y galla —horquilla pequeña—, ambas cosas se dejan en la rozada del monte. Las gatafouces tienen la particularidad de su largo mango, de un metro cincuenta a dos metros.

Los podones de los que se pretende remontar su utilización a las antiguas tribus de nuestra región, se usan en la actualidad en los viñedos, árboles frutales, etc.

La GUADAÑA de la siega de la hierba tiene su “hermana” en la del monte, que es más corta y ancha de hoja. El segador utiliza también un cuerpo lleno de agua, donde lleva la piedra de afilar. En el verano, y *por la fuerza del calor*, se hace la siega de los prados. Un crabuñador —suele ser el de más edad— bajo los árboles, a la sombra, acompasa un tic, tic de la “crabuña”, hecha con un yunque hincado en la tierra y un martillo, mientras en el prado los segadores hacen sudor su caminar, dejando a su paso montones de hierba que las mujeres van esparciendo para que comience su secado.

Los RASTRILLOS —angazos, en gallego— es un apero de gran utilidad. Variado de tamaño, forma y material empleado en su construcción. Los de mayores dimensiones son los usados en las faenas de la recogida de la hoja seca de sotos y robledas, para echar a las cuadras del ganado y lograr, al mismo tiempo que buen lecho para los animales, mejor abono para las fincas. Sus medidas oscilan entre un metro y uno cincuenta, con 20 ó 24 dientes de 15 cm. de largo cada uno. El material empleado: castaño, abedul, roble...

Los rastrillos de la trilla son de menor tamaño que los de la hoja; con la parte dentada se espiga y con la lisa se mueve el grano. Parecidos a los anteriores son los empleados en las faenas de la siega de la hierba. Su utilización, varia: voltear, “angazar”, “ripar” los palleiros y los carros cargados, para que no vayan dejando a su paso hierba ya seca, presas en las silvas del angosto camino. El tamaño de estos rastrillos varía generalmente según la edad y sexo del que lo use. Hay “angazos” de hierro, o mixtos, que solamente tienen los dientes de este metal.

Los rastrillos de madera son un trabajo hecho en casa por algún miembro familiar con cierta habilidad a “carpintexar”. No es sencillo adaptar el ángulo del rastrillo y mango al largo de los brazos y estatura del que lo va a usar o manejar. Cada diente de este artilugio tiene una pequeña cuña diestramente ajustada para evitar su caída; cuando éstas se aflojan por el uso y el researse de las maderas, deben mojarse antes del trabajo, en el regato o fuente que se encuentre al paso, para que se dilaten las maderas.

“GALLAS”. Acompaña en ocasiones al labrador gallego la “avelaira” o “galla”, vara que desde una utilización fundamentalmente práctica, va hasta un fin puramente vanal y de adorno en su atuendo. La “Aguillada” es una vara de salgueiro, roble o avellano, con unas dimensiones que oscilan entre 1,50 y 2 metros, utilizada en las faenas del arado y agragado de las tierras. Tiene una pequeña horquilla, en su extremo, de 10 cm. La aguilada, con esta pequeña horquilla, para apartar los restos de abonos natu-

rales, que por su tamaño, impiden el normal discurrir del arado romano o entorpecer la marcha de la agrade.

Al mismo tiempo se utiliza para azuzar el ganado que tira de estos aperos. En la varas que se emplean para el ganado que tira del carro, oscila su longitud del tamaño del mismo.

También es motivo de variante en su tamaño, la edad de la persona que la lleva: una mujer de edad avanzada utilizará una vara no más larga de un metro y de un diámetro de tres centímetros; normalmente es usada, al mismo tiempo que se apoya en ella a modo de bastón, para pasear el ganado porcino.

Un hombre de edad madura no puede dejar de llevar una larga vara de 1,50 metros bien cuidada en su corte, siendo el material empleado madera de roble, y en su extremo un corto aguijón de hierro.

Un joven la utilizaría corta, flexible y delgada, de avellano o de carballizo (roble joven cortado por el pie).

El cayado del pastor es hecho de un árbol joven, que se ha arrancado y se utilizan las curvas naturales de la raíz como bastón.

Hay muchos labradores que, por su amor a los animales, prescinden del aguijón por el extremo apuntado.

Para arrear los caballos en Sabucedo de la Estrada, Pontevedra, en su famoso encierro, se utilizan unas varas cortas terminadas en una "mazaroca".

Las HERRADURAS tienen un lugar preferente en esta colección: mula, caballo, yegua, burra, buey, vaca... Todas ellas cargadas con su enorme significado de superstición y leyenda; utilización en funciones que no les son propias.

ARREOS POPULARES de las monturas, estribos de hierro, madera, cuero; bridas, frenos, cabezales, "soltas", "pexas".

PALAS de madera para cereales y un antiguo FERRADO marcado al fuego en todas sus piezas con el nombre de OSSERA; lleno de historia, pues figura en el libro *Inventario del Monasterio*, de 1821, y pertenecía a los bienes muebles del Priorato de Longos; por él habrían de medirse los frustos de las rentas (al caer, acugulado, arrolando pasar el rebolo). Es esta medida una pieza de gran interés. Solamente su bien conservada madera de castaño le ha permitido llegar a nuestros días en tan buen estado a lo largo de tres siglos.

Al cuello de las vacas, de mirada triste, se cuelgan alegres *campanillas*, *esquilones*, "chocaios", donde el hierro, el bronce, el latón arrancan notas sonoras en las tardes estivales, al regreso del ganado a sus cuadras. Correas claveteadas de latón, con cinceladas hebillas, son símbolos de la nobleza de sus propietarios.

El otoño tiene en el Museo una humilde y pequeña colección de piececillas, llamadas *esfolladeiras*, utilizadas en la "escarucha" del maíz. Son cortos punzones de hierro, madera, hueso..., entre 10 y 12 centímetros, primordialmente trabajados.

Hablando del maíz no podemos dejar de mencionar la *riscadeira* con su *espicho*, especie de rastrillo de 1,50 metros de largo, con solamente tres dientes, utilizado para marcar sobre el terreno los surcos por donde ha de clavarse el "espicho" para dejar en el orificio un grano o dos de maíz.

La sección de ROMANAS, sorprendente por su número y variedad; proceden de todos los rincones y comarcas de nuestra geografía gallega: por su antigüedad citaremos en primer lugar las procedentes de la judería de Carballino, siguiendo por las de los tratantes en carnes, pieles, cereales, cornezuelo..., las pertenecientes a viejos establecimientos de los antiguos burgos.

El CARRO del PAIS y el ARADO son objetos de un especial y delicado estudio por el Museo. En el interior, en una sala, existe uno de ellos de la zona más libre de influencias (Rodeiro, Chantada, Cea); está completo y bien conservado, con piezas de gran interés que lo enriquecen: "Ladrairos", sedeño, martillo das rodas, "bigornia pra os cravos"... Las maderas empleadas son principalmente el roble; el eje de "freixo"; os "ladrairos de piñeiro"...

Una importante sección de ruedas más representativas de la región, entre las que se encuentran las más diferenciadas y distantes geográficamente. Piornedo, Sierra de los Ancares (Lugo) y la de las tierras bajas y llanas de la contigua Limia y Laguna de Antela (Orense).

YUGOS y CANGAS de todas las comarcas en sus tres formas más características; de molida, ala cabeza (Monforte, Maceda...), y cangas de Chancil de "Carballo" y barbilla de cuero.

El YUGO es un apero de importancia indiscutible en una casa de labranza, ya que es el elemento principal en la tracción animal de múltiples aperos, como el citado carro, arado, agrade, rastros... El labrador lo trata con sumo esmero, no sólo en la elección de una madera buena y adecuada, sino también en la decoración con que los adorna, siendo este apero casi el único en el que se manifiesta el arte rural. Dos elementos más acompañan al yugo: el primero, el "tímoeiro", de cuero o roble, y el segundo la "chavella", también con ligeras muestras de decoración y materiales empleados muy diversos, que van desde la madera más insospechada, el hueso, hasta el hierro. De todos estos aperos existen importantes colecciones.

Muestras muy interesantes del arado romano y todas sus variantes se alinean en la sala, representando a todas las comarcas de la región. Entre todos, merece señalarse por su antigüedad un arado conocido con el nom-

bre de "cambelo", al que no se le puede fijar con precisión una fecha de comienzo, ya que ésta se remonta a cuatro o cinco milenios antes de Cristo.

En la vida cotidiana del hogar aparece el uso de algunos elementos de señalado interés etnográfico, como son los *tallos*, utilizados en faenas, como ordeñado de las vacas, acompañado de la *canada*, *debullado* de alubias, garbanzos, "pívidas"..., hasta es curioso que en la antigüedad este diminuto mueble, hecho en madera de roble y con cuatro patas introducidas en cuatro orificios de una gruesa tabla, también era llevado debajo del brazo, igual que si fuese un libro, a la iglesia para oír la Santa Misa.

La trilla moderna de cereales queda muy distante del sistema con "MALLOS" o "MALES". Dos hileras de hombres, colocados unos frente a los otros, iban acompasada y alternativamente golpeando las gavillas de centeno, trigo o espigas de maíz, con este difícil de manejar artilugio, que a modo de látigo, articulado en un solo punto, separaba con sus golpes la paja del grano.

Se ha descrito como "pajar viviente" aquellas personas que, en los días crudos de invierno, se cubrían con las conocidas "CAROZAS" o "COROZAS" por su aspecto; sin embargo, nosotros creemos que esta prenda confeccionada con fino junco es, dentro de su tosquedad, elegante y sobre todo sumamente práctica y eficaz, ya que la disposición del material empleado impide que penetre ni una sola gota de agua, abrigando al mismo tiempo.

En los lugares campesinos muy alejados de los ríos, existen todavía, como una reminiscencia del MOLINO manual castreño, uno de mayor tamaño al que se le ha introducido algún modernismo; es, sin duda alguna, un útil doméstico de gran importancia en la economía rural antigua. Milagrosamente en funcionamiento; existe una pieza de éstas en el Museo.

LA SECCIÓN PRIMERA DE OFICIOS es la relativa a los oficios antiguos ya desaparecidos o próximos a su desaparición.

TECEDEIRA: posee este museo depósito importante de este oficio antiquísimo que va desde la semilla del lino, "linaza", hasta la obra acabada, pasando por las piezas: ripanzo o ripos, sete-espadelas, mazas, espadelas, pente de asedar o restrelo, rueca, huso, devandeira, sarillos, caldero para cocer las madejas del lino, pícaro o aviñadoira, caneleira y telares. Todas estas piezas son de una innegable belleza y rusticidad, pero nos sería imposible hablar de todas y cada una de ellas, aunque nos vamos a referir únicamente a tres, por su importancia: la rueca, el huso y el telar.

— La RUECA, vara de 80 cm. aproximadamente, con tres partes fundamentales: la superior, torneada, llamada "peteira" o "peto"; la parte

ancha donde irá el lino o la lana, "custribanços"; y el varal largo que se sujeta a la cintura, "rabo".

— El HUSO. Principalmente tiene tres partes: la que hace girar entre los dedos índice, pulgar y medio, que puede ser de hierro, madera o latón, en la que van en surco en espiral llamado "ozquia do fío"; la media "corpo do fuso", roda, y bajo la rueda "cagalla" o "birillo".

Las piezas principales del TELAR, en su compleja estructura, son: "orge" de arriba y de abajo, "lizos", "pente", "compostoiro" con su chavella, "caruxas con sus "cordeliñas", roda, pegueira, ... lanzadeira...

Toda esta complicada máquina es totalmente de madera, y se construye una pequeña edificación con luces adecuadas en la que se instala. Sábanas de lino, toallas, toda clase de prendas de vestir, y las famosas colchas de levante, de lino y lana, son las sorprendentes labores que de este tosco artillugio salen resplandecientes de belleza y color.

El antiguo "ALBEITAR" lo curaba todo o intentaba hacerlo, tanto a animales como personas; más tarde sus funciones se limitaron a las bestias, y en la actualidad ha dejado paso a una profesión universitaria que es el veterinario. Solamente algunos viejos castradores se permiten dar algún consejo bordeando el peligro de ser denunciados por intrusismo. Se han recogido piezas en este museo, pertenecientes a los siglos XVI y XVII y de una generación de albeitares de Rodeiro que ejercieron noble profesión hasta principios de siglo.

En las vitrinas se pueden ver piezas, como pinzas, bisturí, fleme, punzones, lanceta, agujas, cuchillas, apito...

La larga tradición de los PEDREIROS pontevedreses está representada por los más elementales instrumentos de su oficio: pico, mazas, cinceles, escuadra, etc., todo ello sobre un auténtico canecillo románico, que muestra las huellas de no haber sido terminado por razones que desconocemos.

Las herramientas de CARPINTERO depositadas en esta colección pertenecieron a aquellos antiguos artesanos que ejercían su oficio a domicilio, atendiendo durante una o varias jornadas las funciones específicas de su trabajo, que el propietario de la casa no alcanzaba por su desconocimiento. Algunas piezas son de una antigüedad considerable y únicas: sierra de aire de tres metros, hachas, taladros, cepillos, anxos, martillos, antigua sierra de pedal...

"ARRIEIROS somos, e no camiño nos veremos". Con este dicho popular similar al castellano, de que el mundo es un pañuelo, define la andariega y tan antigua profesión, como la vida misma, de los hombres del camino. Hay dos colecciones referidas al pesqueiro y al vendedor de vinos. Al primero lo imaginamos cargando sus cestas y cajas en los puertos de litoral y transportando su mercancía hacia las tierras del interior, adormilado

sobre la mula, a la que la van siguiendo dos o tres más cargadas y pacientes, con la esperanza de que suene la corneta que le indican una parada y una venta que aligere su peso.

Los arrieros del vino, que atravesaron viejas rutas romanas no olvidadas hasta la llegada del transporte moderno: los viejos mesones, ventas, edificaciones todavía en pie, son recuerdo de aquella vida itinerante, llena de picaresca mercantil y portadora de noticias. Cada caballería colgaba a ambos lados un odre de vino tinto del Ribero que había de cumplir las condiciones indispensables para ser del agrado de sus clientes, "espeso como caldo y arder en un candil".

Aparejos de todo tipo de aquellas cabalgaduras se alinean ordenadamente en esta colección, así como las curiosas cuncas irrompibles, talladas en madera por los propios arrieros.

Mucho se ha escrito de los AFILADORES orensanos, de su vuelta al mundo detrás de una rueda, de ilusión más que de trabajo, acompañada de los sones melancólicos de tonadillas, del ancestral silbato o pito de boj, de esa misteriosa máquina que, pese a su sencillez, de ella pueden salir las reparaciones más increíbles. A pesar de existir todavía algunos afiladores, se están observando notables alteraciones de su forma primitiva; adaptación de motores, transporte de la máquina en otros vehículos, etc.

Con la llegada del "outono" en las antiguas casas rurales de Galicia, había que pensar, entre muchas cosas, cómo estaba el calzado de todos sus miembros por si había necesidad de llamar al "ZOQUEIRO". Generalmente, como fue siempre, eran los jóvenes y los niños los que todos los años precisaban de zuecos nuevos y solamente este calzado de los mayores permitía alguna reparación. Era preciso tener en casa la materia prima, madera de "vido"; durante un día o dos, el zoqueiro labraría los palos, pondría las piezas, clavetearía las viras, colocaría las brochas y a los más gastadores pondría una pequeña herradura adaptada al tacón. Tanto el zueco como la madreña, enteramente de madera, podrían ser hechas por algún miembro de la familia que en los largos inviernos se había tomado la molestia, en bien de la economía doméstica, en aprender tal oficio.

Pocos "BALDEIROS" quedan en Galicia. Se ha recogido la tradición de este oficio en la comarca pontevedresa de Mourente; tanto el balde como la silla, en alguna época, fueron populares, burgueses y aristócratas; los modernos abastecimientos de agua prácticamente las han relegado a piezas de decoración. Es importante la colección recogida en este museo de todo el instrumental: cepo, hacha, banco, simen, yunque, sierra, xabreira, chazo, martillo de picar, cuchillar de labrar, cuchilla de bocas, cuchilla de vaciar, compás...

A lo largo de todas las rutas actuales de comunicaciones, carreteras, au-



topistas, figuran múltiples talleres de asistencia para la reparación de vehículos automóviles; nos recuerda todo esto que no hace muchos años el HERRADOR debería tener su taller en lugares estratégicos de las calzadas y caminos reales para poder atender a los animales que tiraban de las viejas diligencias, nobles carrozas y “utilitario” borrico.

Al mismo tiempo de un local adecuado, el instrumental es el siguiente: puxavante, cravos, martillo, derrematador, escofina, tenaza de casco, tenaza dos cravos, bigornia, coitela y herraduras de distintos animales.

Galicia y el mundo del arte y la literatura cervantina han perdido con José Liste, ESCULTOR compostelano de indudable valía, sus “Quijotes” estilizados, tan variados en su postura y atuendos, que jamás ninguno nos hacía recordar a otro que saliera de sus manos.

Este museo ha hecho una excepción con este oficio, en homenaje al célebre escultor, gracias a la gentileza de su viuda, que ha facilitado abundante material fotográfico de muchas de sus obras, y todavía más por el hecho de desprenderse de una muestra pequeña y significativa del instrumental íntimamente ligado a sus manos de artista.

SECCIÓN SEXTA.—Valga a la breve reseña de esta serie de colecciones, como cierre, la pequeña colección de LLAVES existentes en el Museo, que poseen, sin embargo, el enorme valor de que cada una de ellas tenga una abundante carga de historia; citaremos dos o tres de ellas a título de curiosidad: llave del candado de la antigua capilla del viejo Hospital, hoy desaparecido, de Pontevedra; la del castillo de los Condes de Ribadavia; la traída de Salónica, procedente de una familia sefardí, que tenía colgada tras su puerta, pues pertenecía a su casa abandonada en España después de la expulsión de los judíos; la utilizada para marcar, en la frente de los perros, una cruz para evitar la rabia, previamente puesta al rojo la anilla, costumbre que hace pocos años todavía se conservaba en los lugares de Castro y Loeda, en las provincias de Pontevedra y Orense. Este uso de la llave caliente al rojo para señalar la cruz en la frente de los animales también se llevó a las personas, aunque a ellas se les hacía sobre la mano y previamente se colocaba un paño húmedo, siempre que hubiera sospecha de que había tenido contacto con algún animal enfermo. Una curiosa llave que también es muestra en la enorme variedad de finalidades de la misma es la utilizada por una anciana que, en compañía de otras mujeres de su misma edad, jugaba largas partidas de “brisca” al sol tibio de la tarde; esta llave era el amuleto de su suerte en el juego.

Hemos dejado infinidad de interesantes piezas por citar, pero no podemos pasar por alto a una que es todo un símbolo de la Galicia antigua, presente y futura: la candeleira.

La CANDELEIRA fue el primer artificio inventado por el hombre

para estabilizar la luz y vencer las tinieblas; tras la invención del fuego, un hacha elevada de la lumbre del hogar y llevada en la mano, iluminaba los rincones de su caverna, choza, palloza, caserella... Al colocar ese trozo de rama ardiendo, sujeto a un pie largo, con su base que le permite mantenerse sola, sin la mano del hombre que la sujete, aparece la primera lámpara de pie, a cuya luz, Galicia aguarda desperezarse cara a un futuro esperanzado.

OLIMPIO LISTE REGUEIRO